

SNTE: La Transición Difícil

Luis Hernández Navarro *

Visto desde el desierto del sindicalismo mexicano, el proceso de transición del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) brilla por su excepcionalidad. En muy pocas instituciones gremiales de nuestro país la presión desde abajo y las reformas desde arriba han podido encontrar un terreno ocasional de convergencia que se traduzca en una democratización de la vida sindical crecientemente pactada y en el fortalecimiento del agrupamiento gremial.



FOTO: ARTURO G. CAMPOS/ICONOS

* Asesor de la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras.

Introducción

La transición sindical, desatada como resultado de la renuncia de Jongitud Barrios y el ascenso a la secretaria general del sindicato de Elba Esther Gordillo, ha sido desigual y compleja¹. El proceso ha durado ya más de tres años y dista aún de haber terminado.

En el camino se han decantando nuevas corrientes y proyectos sindicales. El grueso de los antiguos vanguardistas cambiaron de ropajes y pasaron a autonombrarse primero institucionales y luego sindicalistas. Mientras tanto un sector de ellos, jefaturado por el ex-secretario general Jaimes Aguilar, se ha mantenido leal a Jongitud. La CNTE se encuentra trezada en una desgastante lucha interna protagonizada por el sector "histórico", y el sector "radical". Ha aparecido también en el espectro, arrojada desde las alturas de la jerarquía sindical, una corriente que se reclama democratizadora, "Nuevo Sindicalismo", y que pasa a ocupar los espacios que la CNTE deja por su radicalidad a la derecha, y el terreno a la izquierda no ocupado por los institucionales. Y, mientras tanto, miles de maestros, se mantienen ajenos a estos proyectos y, en muchos casos, a la vida sindical misma.

La transición no ha significado la desaparición de tensiones ni de conflictos intersindicales. Sin embargo, se ha avanzado en construir un clima de tolerancia y pluralidad desconocido en los años recientes. Las diferencias sobre tácticas de lucha sindical entre las distintas corrientes siguen siendo importantes, pero, en cambio, se han comenzado a modificar las prácticas sindicales. No se trata de un proceso que avance ni lineal ni homogéneamente. En diversas secciones sindicales se conservan algunos cacicazgos; varios de ellos no han perdido aún sus posiciones en la dirección nacional. Pero simultáneamente, el sindicato aparece cada vez menos ligado al partido oficial, por más que su dirigente nacional sea miembro del partido.

Los orígenes del cambio

El recambio de la dirección nacional del sindicato fue originalmente decidido por el Ejecutivo Federal y avalado de manera formal por la estructura sindical meses después en el Congreso de Tepic. La decisión de tomarlo fue resultado de la suma de diversos factores: la CNTE efectuó grandes movilizaciones nacionales demandando democracia sindical desde 1979, y cada una de esas acciones creó problemas políticos e inestabilidad en el servicio educativo². El cacicazgo de Jongitud Barrios generó dentro de la SEP una situación de deterioro educativo grave y se convirtió en un freno a procesos de modernización. Asimismo, el precio político que cobraba el "líder vitalicio del sindicato" era cada vez más elevado para el sistema.

La tentación de sustituir el liderazgo jongitudista estuvo presente durante años en la clase política. Si no se efectuó fue como resultado de la misma fuerza que el potosino tenía dentro del sistema, de la relativa debilidad de una nueva administración pública (la de Salinas de Gortari) amplia-

mente cuestionada por la oposición, pero también, del temor de que su caída propiciara una situación de ingobernabilidad al interior del sindicato. Sin embargo, la decisión final de remover a Jongitud se tomó finalmente cuando, en el contexto del paro magisterial de la primavera del 89, el viejo dinosaurio sindical se negó a aceptar una salida al conflicto intersindical de la Sección IX procesada desde el Gobierno Federal en la que tenía que aceptar pequeñas concesiones, y convocó a sus subalternados dentro del SNTE a resistir. Fue hasta entonces que la guillotina cayó sobre su cabeza.

Los hechos han mostrado que el temor al "desbordamiento" era infundado. La nueva secretaria general, aún con la existencia de una oposición fuerte y beligerante, ha mantenido el control del proceso. La clave de ello ha estado, precisamente, en el diseño de un programa de pequeñas reformas democráticas sindicales desde arriba, acompañadas de una recuperación salarial relativa para el magisterio y de una relación privilegiada con el Jefe del Ejecutivo Federal. Estas reformas han sido acompañadas por nuevas políticas que han modificado no sólo la relación de la dirección gremial con las bases y el tipo de sindicalismo practicado por el SNTE, sino que han cambiado también el esquema de relación de éste con el Poder, con el aparato educativo, con el movimiento sindical nacional e internacional³, con la intelectualidad y con los partidos políticos. La transición no se circunscribe exclusivamente al ámbito de las relaciones entre corrientes dentro del sindicato sino que implica un nuevo terreno de relación entre el SNTE y otros actores sociales y políticos.

Radiografía de una reforma

La primera medida de Elba Esther Gordillo al frente del sindicato fue la de reconocer la derrota de la corriente institucional en las secciones sindicales que ya había perdido. El hecho era importante, porque una y otra vez, las fuerzas institucionales querían arrebatar con una mano lo que habían tenido que otorgar con la otra. Así, la disidencia pudo manejar sin demasiadas trabas el gobierno sindical en Chiapas, Oaxaca y la Sección IX del D.F., y compartirlo en lugares como Guerrero, Zacatecas o la Sección X de la ciudad de México. Este reconocimiento de lo perdido no se tradujo, ni remotamente, en un efecto dominó hacia otras secciones sindicales. Estas mostraron que tenían sus propias problemáticas internas y sus propias mediaciones sindicales, y que su gobierno sindical se definía sobre la base de su correlación de fuerzas interna y no sobre los triunfos o derrotas en otras regiones.

La segunda reforma implementada fue relativamente sencilla y, también, funcional. Consistió, básicamente, en establecer el derecho de audiencia para la disidencia, e invertir horas en pláticas y negociaciones para solucionar conflictos y crear un clima intersindical más "pacífico".

La tercera acción consistió en dismantelar, por lo menos formalmente, a Vanguardia Revolucionaria. El grueso de la vieja dirigencia oficial, sin embargo, pasó a acatar for-

malmente la dirección de la nueva secretaria general, modificó su discurso, cambió su nombre y mantuvo —en lo esencial— sus mismas prácticas sindicales.

La cuarta reforma implicó la apropiación de una parte sustancial del discurso de la Coordinadora y del sindicalismo democrático por parte del grupo “institucional”. Ese discurso fue acompañado de una modificación gradual de las prácticas sindicales asociadas al nombramiento y composición de las instancias de gobierno sindical. Con una gran resistencia se comenzó a aplicar en algunos congresos el voto directo y secreto para la elección de dirigentes, y la incorporación de miembros de la CNTE a comités seccionales y al mismo comité nacional, con mucha más tolerancia que en el pasado. Asimismo, comenzó a hablarse de la aplicación de la representación proporcional en la conformación de los órganos de gobierno. Estas prácticas, sin embargo, se toparon con la resistencia de muchos exvanguardistas, y con enormes dificultades de aplicación en lugares en los que las fuerzas democráticas y las sindicalistas estaban empatadas. De igual manera, se enfrentaron a la falta de reglamentación jurídica para su aplicación y, por lo tanto, al carácter discrecional que en cada coyuntura tuvieron los representantes del CEN del SNTE para su aplicación.

El quinto cambio consistió en presentar al SNTE como un sindicato políticamente plural no afiliado al PRI, y respetar la militancia individual del conjunto de los agremiados, prohibiendo que los dirigentes seccionales y nacionales ocuparan cargos de elección popular.

La sexta iniciativa tuvo diversos componentes: apertura del debate sobre la política internacional del sindicato; realización de seminarios internacionales sobre el futuro del sindicalismo y la democracia; cursos de capacitación sindical; relaciones estrechas con sectores y personalidades de la intelectualidad democrática del país. El objetivo expreso era remontar el enorme desprestigio que el SNTE y su dirigencia tenían entre la intelectualidad nacional y en los medios sindicales internacionales, y crear un clima interno más favorable a las reformas.

La séptima reforma consistió en dotar al sindicato de un discurso educativo de avanzada con el auxilio de personalidades del mundo de la educación relevantes y con la creación de una Fundación autónoma del sindicato para tratar asuntos relacionados con el tema, abandonando el viejo gremialismo y el normalismo como proyecto pedagógico.

La octava reforma consistió en modificar los viejos estatutos sindicales para crear un nuevo marco jurídico de la vida sindical, incorporando en ellos las siete reformas recién señaladas.

Amigos y enemigos

¿Qué fuerzas se enfrentaron a estas medidas? En primer lugar, la vieja burocracia sindical agrupada en el Congreso del Trabajo fuera del SNTE, y en lo que sobrevivió de Vanguardia Revolucionaria dentro de él, que vio afectados

sus intereses y su legitimidad con las nuevas prácticas y los nuevos discursos. En segundo lugar, los sectores de la clase política que veían en ellas concesiones a la oposición política del país. En tercer término, los funcionarios de la SEP, en abierta guerra “institucional” al sindicato. En cuarto lugar, los sectores más radicales de la CNTE, que no supieron entender la nueva situación sindical y mantuvieron su esquema de quehacer sindical basado en la confrontación a ultranza.

¿Con qué fuerzas a favor contó la dirección nacional del SNTE para implementar las medidas? En primer lugar, con una parte del movimiento magisterial democrático, que aunque las juzgó con grandes reservas y las consideró insuficientes, vio en ellas una solución parcial a sus viejas demandas y fue su beneficiario inmediato. En segundo término, un sector de dirigentes sindicales institucionales jóvenes que sufrían el peso de los cacicazgos regionales —que los condenaban a tener que ocupar siempre posiciones de segunda en las direcciones estatales—, y que encontraron en las medidas y en el nuevo discurso sindical una forma de rebasar a los viejos dirigentes seccionales y un espacio de desarrollo político privilegiado; ellos son, junto con una franja de viejos dirigentes leales a Elba Esther Gordillo, los “elbistas” más beligerantes, y quienes han implementado las reformas en las secciones. En tercer lugar, un sector de intelectuales y personalidades democráticas de la cultura nacional que ven con esperanza los pequeños cambios. En cuarto término, una franja de funcionarios públicos, que entienden la necesidad de remozar el anquilosado sistema sindical mexicano, y que le han dado al proyecto, la cobertura que desde “arriba” necesitaba para desarrollarse. En quinto lugar, un equipo de asesores sindicales externos al SNTE que, sin representación formal en la estructura sindical, han sido clave en el diseño y la implementación tanto del nuevo discurso como de las políticas que lo acompañan.

Avances y limitaciones

Más allá de la propaganda oficial que la dirección nacional del SNTE hace de sus medidas, del aplauso de todos aquellos sectores intelectuales cortejados por el “elbismo”, pero también de la crítica principista de un sector de la izquierda: ¿Cuáles han sido los avances y las limitaciones de los cambios operados en la vida sindical? como en toda transición que aún no culmina, el balance que puede hacerse sobre ésta tiene un alto grado de incertidumbre; por lo que requiere un recuento, tanto del proceso nacional como de los procesos regionales en marcha.

Si bien, en secciones donde la CNTE tenía fuerzas emergentes pero no definitivas fue incorporada al gobierno seccional, y en Oaxaca hubo pleno respeto del Comité Nacional al proceso de nombramientos de delegados y dirigentes, otra fue la historia en el resto de sus contingentes más consolidados.

En la sección VII de Chiapas, en la que desde la derrota del 87 las fuerzas democráticas están fragmentadas y divi-

didadas, una convergencia de un sector de ellas. —Socama, Línea Proletaria, reflexionistas— se alió a los institucionales para ganar todo el Comité Seccional, excluyendo a una constelación de fuerzas más radicales, pero con un indudable peso social regional. Más allá de las anomalías denunciadas por el sector desplazado —y también autorrelegado—, el manejo del conflicto revela poca sensibilidad.

En Michoacán, donde la disidencia está conducida por un sector radicalizado —que ha llegado al extremo de rapar a sus enemigos políticos— y, donde hace más de dos años se realizó un Congreso seccional espurio y excluyente que dejó vivo un problema de representación sindical que habría requerido de mucho mayor tolerancia y esfuerzo negociador; la dirección nacional se negó a atender la solicitud de posponer el congreso hecha por la disidencia, y, por el contrario, avaló la realización de un congreso “sacatón”, efectuado casi en la clandestinidad en siete diferentes ciudades, y en el que finalmente fue elegido un comité ligado a las fuerzas jongitudistas.

En Guerrero, por el contrario, se realizó un gran esfuerzo negociador. Las fuerzas democráticas locales, que podían haber accedido a la secretaria general de la sección sobre la base de una alianza con los jongitudistas, prefirieron aliarse a los elbistas y ocupar cerca del 45 por ciento de las carteras.

En la Sección X las fuerzas llegaron con sus delegados divididos en partes prácticamente iguales. Allí los institucionales en lugar de aceptar la propuesta de elegir al secretario general en voto universal, directo y secreto y buscar un comité de composición sobre la base de esa votación, han insistido en que los delegados públicamente manifiesten la corriente a la que pertenecen y después elijan el comité. Finalmente nombraron un comité de composición de mayoría institucional.

En la Sección XI las fuerzas democráticas lograron una buena negociación y obtuvieron 15 carteras del comité seccional.

La prueba de los congresos seccionales (realizados a comienzos de 1992) mostró una dirección nacional dispuesta al cambio democrático de manera limitada. Simultáneamente pusieron en evidencia un movimiento democratizador heterogéneo con una franja con enormes dificultades para hacer una política propositiva. En ambos lados sobrevive la cultura de la intolerancia y la exclusión. Ciertamente no es lo mismo ser intolerante cuando ésta es un acto reflejo ante la represión y la violación sistemática de los acuerdos, que ser intolerante cuando se ha ejercido el poder y esas actitudes son una defensa de los intereses creados. La prueba del funcionamiento de esos comités de composición ha sido mucha más difícil. La intolerancia institucional ha provocado en la mayoría de las secciones fuertes resistencias a compartir la conducción real del sindicato.

Otra fue la historia del Congreso Nacional del sindicato realizado en la segunda quincena de febrero de 1992. Dos cuestiones claves se definieron allí: la primera, fue la legalidad jurídica de los cambios incipientes a través de una modificación de los estatutos de fondo; la segunda, fue

la formación de un nuevo Comité Nacional que expresara la correlación de fuerzas presente en el sindicato nacional, dándose los mecanismos para profundizar y consolidar la reforma democrática⁴.

Durante los casi cinco días que duró el evento llamado a “refundar” el sindicato, el espíritu del “líder vitalicio” del magisterio nacional reencarnó envuelto en los ropajes del nuevo discurso sindical. Durante el evento fue palpable que un sector amplio de delegados institucionales no han sufrido transformaciones significativas en su quehacer sindical. Mezcla de prácticas gremialistas acendradas y de cultura política priísta siguen siendo jongitudistas de alma y elbistas de discurso. Es así como la propuesta de reforma parte de un pequeño sector de la dirigencia sindical y de unos cuantos dirigentes regionales jóvenes. La reforma ha calado poco hacia las bases y los cuadros institucionales.

En un clima de intolerancia el Congreso aprobó un nuevo estatuto que contiene avances significativos en el articulado referente a la relación entre sindicatos y partidos y en la Declaración de Principios. En el primer aspecto, establece la independencia y autonomía del sindicato con respecto a los partidos y el Estado, la libre afiliación individual y la incompatibilidad entre puestos de elección popular y la dirigencia sindical, estableciendo un comité político para intervenir en la esfera electoral parlamentaria. En el segundo, puntualiza un conjunto de principios que expresan las posiciones más avanzadas del sindicalismo nacional. Asimismo, contiene pequeños avances en las cuestiones relacionadas con la autonomía seccional, la reglamentación de las cuotas sindicales y el establecimiento de algunas instancias de dirección colectiva. Sin embargo, conserva el mismo espíritu de funcionamiento centralista y vertical que el viejo estatuto, concentrando excesivamente las funciones en los secretarios generales y dejando pocas posibilidades de vida práctica real a las asambleas; se trata de un sindicato que funciona de “arriba hacia abajo” en lugar de operar de “abajo hacia arriba”.

Finalmente, el nuevo Comité Ejecutivo Nacional, aunque incorporó a algunas de las expresiones disidentes, está lejos de expresar la diversidad de opiniones y la correlación de fuerzas que existen en el sindicato.

Más que un congreso de refundación sindical, éste fue un evento de rearticulación y reconversión gradual de la corriente institucional. Más que un espacio de convergencia entre la reforma desde arriba y la democratización desde abajo, el congreso se propuso incorporar a ciertas franjas emergentes a un proyecto sindical de élites menos excluyente. Más que recoger la experiencia de un sindicalismo unitario de base asamblearia practicado por la CNTE, buscó readecuar su esquema operativo a la transformación de la SEP y a la modernización educativa.

Las dos CNTEs

Como en el famoso cuadro de Frida Khalo donde la pintora aparece escindida en dos personas distintas que son la

misma unidas por un mismo corazón, así, la insurgencia magisterial democrática agrupada en la CNTE se encuentra irremediamente dividida en dos en torno a qué posición asumir ante el proceso de reformas de su sindicato.

Las dos posiciones, irreductibles en su naturaleza, pueden resumirse así: por un lado, aquellos que consideran que en el SNTE no hay "nada nuevo bajo el sol", que sigue privando la misma antidemocracia de siempre, y que, por lo tanto, las reformas en marcha no son más que una farsa que hay que denunciar. Por el otro, la de aquellos que reconociendo las insuficiencias de la vida sindical que aún privan en su organización, piensan que las reformas son una oportunidad única para profundizar la democratización, y que, por lo tanto, hay que participar en su implementación buscando profundizarlas. Ambas posiciones están divididas en bloques con fuerzas más o menos parejas. Ambas posiciones tiene razones de peso para justificar sus argumentos.

Desde su surgimiento en diciembre de 1979 la CNTE ha mantenido a su interior posiciones distintas con las que ha convivido sin ruptura. Los bloques se estructuraban en torno a distintas propuestas, y las fuerzas se alineaban en torno a ellos de manera coyuntural. El primer gran debate en la historia de la Coordinadora fue si debía luchar por democratizar su sindicato o formar uno independiente; la primera posición ganó y la CNTE siguió adelante. La segunda gran discusión fue sobre el peso relativo que movimientos de masas y corrientes debían tener en la conducción de la insurgencia; estas últimas fueron relegadas a un papel secundario. Más adelante se debatió sobre si la CNTE debía tener una estructura centralizada o si sus destacamentos debían de tener autonomía para decidir sus políticas; la segunda propuesta se impuso ampliamente. Aunque siempre estuvo latente el debate de si la CNTE era una corriente democratizadora o una corriente clasista, ésta no fue nunca la discusión clave: el carácter mismo de la CNTE como fuerza de masas, impuso que operara como una fuerza democrática.

Sin embargo, a partir de noviembre de 1989 comenzaron a estructurarse corrientes estables. En el centro de ellas estaban presentes dos proyectos diferenciados: de una lado, la idea de que para avanzar había que radicalizar la confrontación con la dirección nacional, centralizar el mando de la insurgencia y rechazar la formación de comités ejecutivos de composición plural. Del otro, el planteamiento que ponderaba la necesidad de combinar la movilización con la negociación, el mantener la autonomía de los destacamentos regionales y el avanzar en la conquista de posiciones en todos los órganos de gobierno sindical.

La corriente radical nutre sus posiciones de casi veinte años de intolerancia y violencia vanguardista, de doce años de experiencias frustrantes compartiendo instancias de dirección sindical con la corriente institucional, y de la lentitud con la que se procesaron las reformas desde arriba en el SNTE. En los hechos, hace del sindicato un instrumento de militancia poco diferenciado del partido.

La corriente histórica o "gradualista" alimenta sus posiciones de la convicción de que en un sindicato de más de un millón de afiliados el sindicalismo es plural o no es, de que los grupos e inercias que impiden la democratización nacional del sindicato son poderosas y hacen que la correlación de fuerzas a favor del proceso sea precaria, y de que, a pesar de la lentitud del proceso de reformas desde arriba, esto es real y se propone profundizarlo. Asimismo, distingue con claridad la esfera de acción sindical y la intervención partidaria, como terrenos diferenciados de la militancia⁵.

Los hechos materiales de los que la expresión radical se nutre pueden explicar su sobrevivencia pero no su falta real de proyecto transformador. Desde muchos puntos de vista sus posiciones parten de viejas inercias, de la cultura de la contestación y la derrota en las que un sector de la izquierda nacional se formó a partir de los setentas, de la visión leninista del "asalto al Palacio de Invierno" como vía para ganar el poder, de una visión instrumental de la democracia, de la práctica de la "democracia de los activistas" por sobre la democracia de masas, del sindicato como única trinchera militante. Estas prácticas, que pudieron ser importantes para resistir en condición de minoría militante acosada por la intransigencia de la burocracia sindical, son, empero, completamente insuficientes en las nuevas circunstancias de expansión de la democracia y de reforma desde arriba.

La división de la CNTE y la resistencia de una de sus expresiones a participar en las reformas han tenido como consecuencia inmediata que la fuerza para que éstas se impulsen desde abajo sea menor. Hasta hoy, las iniciativas y el discurso de las posiciones radicales han tenido pocas posibilidades de incidencia en los canales estrictamente sindicales. Tampoco han tenido posibilidad de expansión por los métodos que tradicionalmente utilizó la CNTE: movilizaciones masivas.

La montaña rusa salarial

Una de las claves del avance en la reforma del SNTE es que la dirección nacional ha podido acompañar las reformas con incrementos salariales para el magisterio.

Efectivamente, desde 1989 el salario de los profesores de educación primaria al servicio de la SEP se ha incrementado paulatinamente. El paro general de decenas de miles de mentores, convocado ese año por la CNTE, revirtió una caída salarial en el sector que había colocado al sueldo de un profesor de educación primaria en aproximadamente 1.3 salarios mínimos, y arrancó el compromiso presidencial de una mejoría escalonada⁶. Ya para comienzos de mayo de 1992, el salario mínimo magisterial (clave 80) era de 895 mil pesos mensuales, esto es, 2.3 salarios mínimos generales. Y, a raíz de la negociación salarial del 15 de mayo (en el marco de la inminente firma del acuerdo de modernización educativa) se incrementó hasta 3 salarios mínimos generales. Los aumentos obtenidos son, sin lugar

a dudas, superiores a los otorgados a otras franjas de asalariados.

La historia del salario magisterial de los últimos veinte años asemeja una montaña rusa. Entre 1972 y 1975-76 hubieron incrementos relevantes, acompañados de una gran cantidad de dobles plazas, nuevas contrataciones, y la obtención de una "mayor tajada del pastel" de las prestaciones sociales destinadas a los trabajadores al servicio del Estado. Esos son los años de consolidación del grupo Vanguardia Revolucionaria como la corriente hegemónica dentro del sindicato.

Entre 1976 y 1979 el salario sufre una caída vertiginosa acompañada de altos índices inflacionarios. Es la época en la que Vanguardia Revolucionaria negocia posiciones políticas a cambio de contención salarial para el magisterio, esgrimido como estrategia salarial la demanda de un "incremento salarial sustancial y permanente", sin fijar montos ni plazos.

Entre 1979 y una parte de 1984, el salario magisterial vuelve a subir paulatinamente, en muchos como resultado de los paros y marchas de la CNTE. Aunque no es la Coordinadora la que obtiene directamente las respuestas a sus demandas, en su lucha la que permite arrancarlas. Algunas de ellas (como el descongelamiento de sobresueldos o la rezoificación de éstos) benefician incluso al conjunto de la burocracia.

Finalmente, entre 1984 y 1989 se opera una nueva caída drástica en los ingresos salariales, ante una CNTE que padece un asfixiante cerco oficial. Esta tendencia comienza a revertirse a partir de la insurgencia magisterial del 89.

Una radiografía de esta "montaña rusa" salarial muestra tres hechos básicos: la insatisfacción evidente de amplios sectores del magisterio con su nivel de ingreso; su disposición a resolver esa situación por la vía *sindical*; y, que cada vez que la dirección oficial del sindicato se ha plegado a las orientaciones gubernamentales de contener el salario —usualmente a cambio de posiciones políticas— una persistente y consolidada disidencia sindical democrática la ha rebasado.

En el centro de la estrategia sindical de la nueva dirección sindical se encuentra la demanda de un salario profesional acorde con la carrera magisterial. Ello implica tanto la obtención de entre tres y cuatro salarios mínimos para cada mentor, como el establecimiento de un escalafón horizontal y aumentos salariales adicionales asociados a la capacitación. Esta estrategia, ligada a las amenazas de movilización nacional del magisterio —provenientes desde la CNTE— y al reconocimiento de que no puede haber modernización educativa sin un magisterio relativamente bien remunerado, ha tenido resultados evidentes en la "pacificación" sindical.

El SNTE y la SEP

Prácticamente desde el recambio sindical de la primavera de 1989, la nueva dirección nacional del SNTE y la SEP se trenzaron en un conflicto tan sordo como intenso por la

redefinición de un nuevo esquema de relación entre ambos. De entrada, y de manera más o menos rápida, el SNTE cedió una parte significativa de las posiciones que había ganado al interior de la SEP, sobre todo a nivel de las Delegaciones estatales. Estas posiciones, además de ser fuente de fricciones interinstitucionales, eran uno de los baluartes de Jongitud. Deshacerse de ellas no era algo oneroso al sindicato y si necesario para debilitar al antiguo "líder máximo" y mostrar la vocación sindicalista de la nueva dirección. Esta "cesión" no impidió, sin embargo, la confrontación permanente. Esta confrontación impidió, en los hechos, que se avanzara en el compromiso de descentralizar la educación pública.

La obsesión por descentralizar la educación básica se convirtió en uno de los elementos claves de las políticas educativas de los últimos doce años. El diagnóstico oficial asoció el bajo nivel educativo con un esquema centralizado de impartición de la instrucción pública, hasta el extremo de equiparar automáticamente descentralización educativa con mejoramiento de la educación, y relacionó la existencia de un sindicato nacional del conjunto del magisterio federal y parte del estatal con una educación de baja calidad. La conclusión que se sacó de esta asociación en algunos círculos oficiales era evidente: para resolver el problema educativo nacional era necesario terminar con el SNTE como sindicato nacional y convertirlo en una federación de sindicatos estatales.

El argumento oficial tenía en su origen tanto el deseo de quebrar una resistencia articulada a sus iniciativas facilitada por el carácter nacional del sindicato como una serie de argumentos nacidos de un conjunto de relaciones de trabajo viciadas. Estas relaciones laborales viciadas consisten en: hay una ocupación sindical de los espacios educativos; como "conquista" sindical existen una gran cantidad de maestros que gozan de licencias indefinidas y su lugar es ocupado por profesores con plazas interinas ilimitadas que no tienen definitividad en su trabajo; hay poca flexibilidad en la movilidad de los maestros de sus centros de trabajo; la estructura escalafonaria está muy lejos de ser funcional y premiar de manera relevante la capacitación; el sindicato "protege" el ausentismo laboral y vicios de algunos maestros; el sindicato cuenta con "demasiadas" licencias sindicales con goce de sueldo.

Algunos de estos señalamientos son ciertos. Otros lo fueron en el pasado. Todos ellos se desarrollaron no porque el sindicato tuviera un carácter nacional sino porque a su interior y con el estímulo y protección de muchos funcionarios se practicó un sindicalismo que hizo de estas "conquististas" uno de los elementos principales para conservar su "clientela". Efectivamente, durante años, Vanguardia Revolucionaria buscó conquistar espacios educativos no para beneficio del magisterio sino de ellos como grupo. Asimismo, durante años, esta corriente sindical hizo de la "masificación de la corrupción" un elemento básico de su estrategia: al no poder ofrecer salarios dignos y decorosos optó por avalar el ausentismo laboral, las licencias indefinidas y la defensa a ultranza de la inmovilidad en el trabajo.

Viene de la pág. 59

Todo ello tuvo como marco general un reglamento de condiciones generales de trabajo con una antigüedad de casi cincuenta años, y una serie de intentos, casi siempre fallidos, de renovación.

Las pasadas direcciones nacionales del sindicato enfrentaron la amenaza de descentralización educativa aceptándola de palabra y bombardeándola en los hechos. Como buenos dinosaurios llevaron el terreno de la confrontación a los pantanos de la inmovilidad. Evidentemente esa estrategia se topó, en la actual administración, con sus límites. Los rápidos golpes de timón del Ejecutivo no dan ningún margen de maniobra.

La salida de Manuel Barlett de la SEP dejó a la dirección nacional del SNTE sin instrumentos para oponerse a la firma del Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica (ANMEB). Aunque el Acuerdo no le quitó al sindicato magisterial en lo inmediato su carácter nacional ni la titularidad en las relaciones laborales no le proporcionó un piso jurídico adecuado. Al pasar los trabajadores de la educación a laborar para los gobiernos de los estados deben quedar sujetos a las legislaciones locales, diferentes de la legislación federal en la que el SNTE está inscrito. En muchas de esas legislaciones locales se establece la obligatoriedad del conjunto de los trabajadores al servicio de los gobiernos de los estados de pertenecer a un sindicato estatal. Ello impediría que los maestros pertenecieran al SNTE.

Por lo demás, y más allá de cuestiones jurídicas, son muchos los intereses que presionan para convertir al sindicato nacional en una federación de sindicatos estatales. Los conflictos entre la dirección nacional y muchos gobernadores por el control de las secciones sindicales son históricos. No hay en los estados fuerzas sindicales más numerosas que las magisteriales. Pero, además de por su número, éstas son importantes tanto por su implantación territorial como por la cantidad de cuadros que disponen. Pocos son los gobernadores que pueden prescindir de pretender controlar a las secciones magisteriales. El carácter nacional del sindicato ha sido un freno para que esas pretensiones se conviertan en realidad. Hacer que los maestros abandonen su organización nacional y pasen a formar organizaciones estatales facilita el control sobre el gremio.

A las presiones de los gobernadores habría que sumar la proclividad de un buen número de dirigentes estatales que prefieren ser "cabeza de ratón" a "cola de león". Aunque formalmente muchos de ellos defiendan la permanencia nacional del sindicato, con el paso del tiempo acabarán alineándose con los gobernadores.

En esas condiciones, el futuro del SNTE como sindicato nacional está en riesgo. Su sobrevivencia depende en lo inmediato de su capacidad para darse un marco jurídico adecuado, y para frenar las tendencias dispersantes que existen a su interior. Sólo una profundización de la democracia dentro de sus filas permitirá sumar las fuerzas que tal tarea requiere. El futuro del SNTE depende hoy, más que nunca, de su capacidad para renovarse.

Un desenlace provisional

El SNTE es hoy un sindicato diferente al que era en 1989. Su dirección nacional se ha transformado y ha adoptado un discurso más democrático, plural y tolerante. Ciertamente, en lugares y ocasiones, los hechos no corresponden al discurso, y las prácticas antidemocráticas y excluyentes aparecen con mucho mayor regularidad de lo que sus dirigentes están dispuestos a aceptar.

Ese cambio abarca no solamente a las relaciones entre sus dirigentes y bases y la vida sindical misma, sino también, a las relaciones con otros sindicatos, los intelectuales, los partidos políticos, la educación y el Poder. En esos terrenos, el sindicato ha perdido su perfil corporativo tradicional, ha adoptado un discurso educativo moderno y se ha preocupado por revalorar de cara a la sociedad la función social del maestro.

Su propuesta, sin embargo, choca con la cultura sindical dominante, con la falta de espacios políticos suficientes en las telarañas del Poder, con la dificultad de encontrar desde abajo sujetos maduros para empujar la transición y con una voluntad democratizadora de sus élites muy endeble.

Aunque, como toda transición que no ha llegado a su término, ésta tiene un alto grado de incertidumbre, tiene el peligro de frenarse y entrar en un periodo de restauración. El SNTE de hoy podría así, quedar convertido en una especie de animal político, mitad anfibio y mitad mamífero.

Notas

¹ Un recuento de esa etapa de lucha en los trabajos de Luis Hernández, "Maestros; jaque al rey", *El Cotidiano*, núm 28, marzo-abril, 1989; "Maestros: del gambito de dama al jaque mate", *El Cotidiano*, núm 30, julio-agosto de 1989; "Maestros: "El otoño de la primavera". *El Cotidiano*, núm 31, septiembre-octubre de 1989; y, "De la coronación de la dama a los tiempos nuevos", *El Cotidiano*, núm 34, marzo-abril, 1990. Véase también los artículos de Arturo Cano, Jesús Martín del Campo, Carlos Monsiváis, Francisco Pérez Arce y Paco Ignacio Taibo II publicados en el libro "De las Aulas a las Calles", Información Obrera-Pueblo, México, 1990

² Un recuento y análisis de esas movilizaciones en: Luis Hernández "Una historia que no es sólo para recordar", en Aquilar Javier (cord) "Los sindicatos nacionales", Tomo IV, GV editores, México, 1989. Jesús Martín del Campo, "Trabajadores de la Educación y Democracia", en varios, Democracia y sindicatos, CIESAS-El Caballito, México, 1989. Susan Street, "Maestros en Movimiento. Transformaciones en la Burocracia Sindical, (1978-1982)", CIESAS, México 1992.

³ Nacionalmente el SNTE se ha acercado al proyecto FESEBES. Internacionalmente el SNTE ha jugado un papel protagónico convocando en México a dos encuentros nacionales, acercándose a la SPIE-CIOSL y a la CEMOPE, y firmando acuerdos con sindicatos magisteriales en Estados Unidos y Canadá.

⁴ Para un recuento más detallado del Congreso Nacional ver: Varios autores, "La Coordinadora", ediciones Hojas, mayo 1992.

⁵ Dos hechos han avivado en el desarrollo de la corriente radical. Una es la falta de una solución de fondo en el conflicto intersindical en el estado de Michoacán, propiciada por las mismas posiciones contestatarias, pero también por la intransigencia de la posición institucional. La otra es la fallida negociación en el pasado Congreso de la Sección 7 de Chiapas, donde una parte significativa de posiciones identificadas con la CNTE hizo alianza con las fuerzas institucionales para ganar el comité seccional dejando fuera a las posiciones más radicales con las que estaban enfrentadas desde 1987, quienes simultáneamente se autoexcluyeron privilegiando una alianza con el gobernador del estado, Véase: "La Coordinadora..." Op. cit.

⁶ Véase: Eduardo Guzmán y Joaquín H. Vela, "Maestros 1989: crisis, democracia y más salario", *El Cotidiano*, núm 30, julio-agosto de 1989.